E. GIMÉNEZ CABALLERO

CONMEMORACIÓN DE DON JUAN VALERA

EL 18 DE OCTUBRE DE 1824

Nació Valera. Y, como hace unos cuantos días han transcurrido, justos cien años, desde esa fecha, el genio de las efemérides ha organizado una conmemoración, utilizando su sistema métrico secular.

Desde que se remozó este geniecillo en el olimpo positivista del siglo pasado, no descansa. Heredó sobre sí la ímproba carga de atizar el rescoldo más delicado que crearon las nacionalidades con el Renacimiento; la carga de luchar, como uno de los mejores pugilistas, contra el viejo régimen; y fue su liza el taco del calendario, y sus enemigos, los santos confesores, los santos mártires y las santas vírgenes, de hazañas tan portentosas como indiferentes y desvanecidas para nuestro corazón, ya. El halo de la divinidad —dijo el siglo pasado— que se transmita al artista y al científico y al político, esos pobres preteridos de otros tiempos. Éstos hacen la nación y ésta debe ser nuestro cielo.

Y junto a las fechas memorables de hechos colectivos, de batallas y revoluciones, fue surgiendo el calendario de los hombres ilustres. Bello signo renacentista este culto del personaje, bella muestra europea, frente a la vieja ansia oriental de desvanecer todas las humanidades sobresalientes. Curioso sería seguir este signo en todos los países europeos y determinar su área. Veríamos Francia, por ejemplo, dignificar al clásico por encima de todo, desde el seiscientos, en el relieve y en la escultura, en la edición esmerada y en el nombre de la calle, en la baraja y hasta en los sellos de Correos, como ahora en la última estampación.

¿Y España, el país fronterizo viejo, misterioso? Los que

sintamos tendencias centrípetas a la *Mitteleuropa,* contribuyamos en lo posible al culto del hombre ilustre; al de la efeméride de una personalidad, acallando los esfuerzos desdeñosos de nuestro berebere interior que nos incita siempre a hacer tabla rasa de valores en lo humano.

Conmemoremos pues, hoy, en esa fecha de 1824, un alma insigne, de turno español.

NACE UN AVE RARA

En ese 18 de octubre nace un ave rara en la fauna literaria española del siglo pasado. Un ave de pluma rara. Esta conclusión de exquisitez que nosotros le asignamos ahora, *a posteriori,* dando el trueno a los cien años, sólo el hada que fadó a don Juan Valera, en Cabra, podía suponerla en esa fecha retrospectiva, cuando en aquel palacio viejo cercano a un castillo, en aquella casona de columnas marmóreas sosteniendo piedras de sillería y un blasón de marquesado, don Juan abrió por vez primera sus ojos claros, serenos, a la luz del mundo, teñida en aquel momento, de color cordobés. El hada que fadó a Valera aquel día fue completamente especial. Bajó a Cabra no sabemos si por humorismo o por el deseo de ensayar una nota nueva en aquel paisaje de olivos y viñedos, de tierras calizas amojonadas con zarzamoras y pitas, por las que corrían algunos regatos bordeados de álamos blancos y negros, con mimbrones y mastranzos en las orillas, cuya humedad empujaba en la primavera a florecer las nigelas azules, los lirios, la salvia y las margaritas. En aquel aire azul, cristalino, espolvoreado de romero y tomillo, donde rojeaban la adelfa y el granado.

Nota nueva la del hada, ¿por qué? ¿Tan peregrino iba a ser aquel niño andando el tiempo? Valera fue peregrino, siempre. En curiosidad y estilo. En viajes y lecturas. La fatalidad que le echó encima su bienhechora fue esta del peregrinaje. Valera resultó un peregrino en su patria. Un ave rara. Un ave de pluma rara.

LOS PORQUÉS DE ESTA RAREZA

1) *Su educación*

Valera no fue educado como la generalidad de los escritores españoles; y esto fue tan fundamental para su formación intelectual que hay que advertirlo en voz alta.

Valera perteneció a una clase social poco apta para los menesteres del arte, de función —así, en teoría— distinta a la tarea de crear bellezas con laúdes, péndolas y pinceles. Pero la función de esa clase social a que perteneció Valera ya estaba muy estropeada en España; *d'ailleurs,* como en el resto de Europa. Valera recibió una educación de clase aristocrática, de esa clase cuyos mayorazgos fueron los capitanes y los hombres de gobierno y mando en otros tiempos. En la infancia, oyó lecciones de inglés, de francés; de historias selectas en varias lenguas; de latín; de humanidades, en grande; y, sobre todas las lecciones, las de comportamiento social, las de ser como hacía falta en un salón de veras distinguido. Su madre fue la causa de todas estas cosas finas. Por su madre, la marquesa de Paniega, pudo el niño cordobés recibir la tradición intelectual que le iba a hacer raro y excepcional más adelante. Educada por uno de esos abates huidos de la Revolución del 79, recogió el siglo XVIII francés con un alma sensible y fecunda, que adaptó las maneras, preocupaciones y moral de los epicúreos aristócratas del Temple al paisaje polvoriento, melancólico y rural de Cabra y de Doña Mencía.

La educación de Valera en Cabra fue una rareza. Por un lado, su madre le comenzó a conducir a un mundo exquisito de cultura, de prejuicios de clase y de categorías. Y ya, por otro lado, los chicos del pueblo le incitaban a nivelarse con ellos en gracia y en barbarie. Robar fruta, tirar piedras y hacer el salvaje con acento gitano y con sombra.

Este contraste de sol y sombra, de luz intelectual y de sombra cañí, es la cifra que va a resolver, con ecuaciones y diferencias, toda la restante vida del egabrense ilustre. Es la cifra con que se averiguarán los porqués de su rareza.

Primero, la de su infancia y su adolescencia, la educación formal de este período de su vida. Luego en su juventud, resolviendo otro porqué.

2) *Su falta de dinero*

La juventud de Valera es compleja, porque le faltaba dinero y le sobraba literatura.

Llegó a Madrid desde su provincia lleno de instintos lujosos y brillantes, con todos los apetitos que su progenie distinguida y su educación cuidada le habían proporcionado. Pero. En su casa andaban mal de moneda y de administración; su padre apenas le

podía mandar un puñado regular de duros, y el joven Juan tuvo que comenzar a reprimir concupiscencias, con todo su dolor. No hay como reprimir concupiscencias para que brote espiritualidad y se vierta en mal humor o en literatura. Cuanto más exquisitos sean esos deseos contenidos, más exquisita será esta espiritualidad. No se ha advertido la importancia de esto para la producción literaria de un país. De los más ejemplares artistas literarios —por ejemplo, el caso de España— han sido hidalgüelos con sangre fina y con bolsa vacía. Lo mismo que Valera fueron Lope, Calderón, Quevedo, y en nuestros días Baroja y Gómez de la Serna, todos ellos de índole cántabra montañesa, «de la montaña», cuna del linaje hispano. La Edad Media resolvió este quid como tantos otros, con la organización eclesiástica. El mayorazgo, a gozar las haciendas. El segundón o el pobre *hijo de algo* a llenar poemas o cantar en el coro de la catedral, a hacer literatura. Valera tuvo que atenerse a la literatura más de lo que hubiera querido. Y resultaba que, a pesar del equilibrio y goce sereno y cumplido que le han atribuido siempre los críticos, Valera lo pasó a disgusto más de lo que se cree. Ya veremos más adelante cómo encajamos al Dr. Faustino, en el romántico cuadro de los inadaptados, con todo su temple clásico.

¡Qué delicia, los salones de Madrid y de Nápoles; Eugenia de Montijo, Lola Montes, casas de Cabarrús y de Weiss-Weiler! Nombres que volteaban como palomas nunciativas sobre la melancolía de medios del sobrino de Alcalá Galiano. En los salones, se encontraba el joven Juan un poco despistado. Su ingenio y su delicadeza le hacían brillar, pero no le satisfacían plenamente, según confiesa en las cartas a sus parientes. ¡Dinero! —suspiraba—. En las tertulias literarias, a su vez, Valera se sentía mucho peor. Llegó a preferir al aristócrata mentecato sobre el erudito cochino, el poeta mal educado, el profesor pedante. Valera tuvo la obsesión de los modales, de la formalidad.

Esta fluctuación en la satisfacción de sus apetitos tuvo que dejar también en su pluma un matiz más de extrañeza.

Le faltó ser todo lo aristócrata debido para no escribir una sola línea, para no permitirse ninguna confesión lírica, para permanecer en una función social determinada. Le faltó ser todo lo burgués que requería el caso, para llegar a gran poeta, para sentirse acuciado de pasión de ganas de llegar a los puestos altos y escogidos, de tener «ideal», de ser romántico.

Valera se encontró cogido entre dos regímenes contradictorios de vida, ante dos callejones sin salida y, para buscarla, tuvo

que brincar por el tejado, por la frontera, y marcharse de viaje a suavizarse asperezas.

3) *Viajes, amores, protocolos*

En España, la literatura de viso no sólo la sangre fina la ha producido, sino también las plumas que han corrido y han visto. En el siglo de oro, nuestros ingenios de pro fueron unos grandes viajeros. En el siglo XVIII, como fueron los extraños, los franceses, los que viajaron, no nos dejaron a otros más que la originalidad de imitarles. En el siglo XIX, las corrientes se purifican y el literato vuelve a enriquecer su sangre con visiones más varias. La política nos trae con las forzosas emigraciones de gentes la renovación romántica. Londres y París, se nos descubren. Byron y Víctor Hugo, nos deslumbran.

El literato del siglo pasado viajaba a costa de la política. Si contra el Gobierno, en calidad de fugitivo. Si a favor del Gobierno, como encargado de misiones y diplomas.

Valera disfrutó de su fortuna de escritor (y de la otra, de pariente o amigo de los gobernantes), para viajar. No necesitó esperar la reglamentación de las pensiones en el extranjero por un Estado. Al literato entonces —como aún en Suramérica, la joven Suramérica—, se le consideraba bueno para cualquier fregado intelectual. Desde escribir una quintilla en un álbum hasta encargarse de un protocolo, de un servicio secreto y nacional. Valera se acogió a este género romántico de información y cultura y se recorrió media tierra. Portugal, el Brasil, Rusia, Alemania, Bélgica, Francia, Austria, Italia, Norteamérica, fueron los países que visitó. Hombre de mundo fue de veras.

Tanto viaje, y tanto viaje hecho en condiciones muy singulares, contribuyó a exquisitar y matizar más su pluma. Cuando a la vuelta a España se encontraba con el tipo medio de literato, como Alarcón, Campoamor, Donoso Cortés, Fernández Guerra, Menéndez y Pelayo, Galdós, Valera resaltaba sin querer, como algo distinto. Era el hombre que venía de aprender el griego entre besos y espiritualidades de una dama egregia. De danzar en la corte pulida y espléndida de Moscú y de San Petersburgo. De hacer amistades con intelectuales alemanes y de charlar con ellos en su propia lengua. Era el hombre que ya traía a España el profundo secreto de que estábamos muy bárbaros en muchas cosas; de que nuestras mujeres estaban lo suficientemente salva-

jes para no dejar prosperar nada fino y francamente selecto. Era el hombre que se sonreía ya del buen don Marcelino cuando éste le pedía consejos de «re cosmética» y aun de «re estética». El que miraba como a un bicho hidrófobo a Donoso Cortés, y como a un «gentil perroquet» al gran Castelar. El que conocía el origen de las gallinas con huevos de oro de los krausistas, de los filósofos innovadores. Y de los novelistas innovadores también, según ellos.

Valera fue el espíritu de la lucidez en el antro de confusiones que era España hacie medio siglo.

Viajes, mujeres, protocolos. Tres fuentes preciosas de su sabiduría, de su escepticismo, de su ironía, de su desdén, que nutrieron el pocillo nativo que le entregó su madre. Pero su desdén tuvo que encarárselas con su deber. Y he aquí un nuevo porqué del perfume raro de esta personalidad, en otro aspecto.

CÓRDOBA, EL TERRUÑO

Pero para tal exquisito viajero, el viaje no podía ser todo; era demasiado género romántico el viaje para subyugarle. Y aunque *Weltbürger,* la sangre cordobesa pretendía sus derechos. El viaje no podía consolidar sus más secretas aspiraciones; el viaje daba un perfume muy siglo dieciocho, de humanidad, pero sobre ése, estaba para Valera el de la mejorana y el romero de Doña Mencía; sobre esos tentáculos de andar y ver, estaban los de meditar y reposar, el ansia de fundar, el propósito de enraizarse a la tierra originaria.

Y Valera —el hidalgo sin función— se las arregló de modo que se inventó una nueva nobleza para con su patria y se cargó de obligaciones. De esas obligaciones delicadas que casi no se pueden confesar.

Estaba muy bien distinguir y medir los valores de España, estimar a España en toda su crudeza, sin miedo y sin los tapujos vergonzantes que Laverde, Adolfo de Castro o Menéndez Pelayo y los tradicionalistas empleaban. Pero había algo más por hacer. Había que estimar asimismo los positivos valores de un suelo generoso como fue el de España. Y trazar en el horizonte las rutas de la posible dignificación, del resurgimiento.

Para ello, se refugió Valera en la tierra cordobesa, en el terruño querido, místico. Y desde el campamento de sus recuerdos infantiles y familiares, comenzó a levantar los parapetos de

su fortificación. El resultado, la alcazaba construida, fue su obra literaria.

La literatura de Valera

Sus contemporáneos le estimaron como crítico y como novelista. La generación siguiente, la del 98, le retiró su estimación. Como poeta y dramaturgo, no le estimó nadie. Ahora, Eugenio D'Ors, en nombre de la juventud, propone una nueva estima a nuestra generación. Sus contemporáneos (que fueron muchos en los ochenta años que vivió) no llegaron a comprenderle bien nunca. Ni don Marcelino, ni su tío Alcalá Galiano, ni doña Emilia, ni el Conde de Casa Valencia, le definen jamás de un modo suficiente. Le echan piropos, sobre todo doña Emilia (q. e. p. d.), pero no explicaciones finas.

Los románticos nietzscheanos, Azorín y Baroja, le ponen de mala manera. Azorín le niega en 1913, la pasión, la emoción, el ideal, el arte de encender. En 1917, arrepentido de su absolutismo, le hace concesiones, y termina en gran amistad con aquel español preclaro.

Baroja le ve con malos ojos, dos o tres veces, de pasada. Cree, un poco injustificadamente, que Valera desdeña a Darwin, y esto le basta para llamarle petulante y aldeano.

Valera no desdeñaba, en el fondo, nada. Era un pánfilo de buena ley, y su amor por todas las cosas le impidió intensificarle en algunas. Por eso, por pesar el pro y el contra, por ser delicado y comprensivo, no fue un político, no fue un hombre de gobierno, no fue un diplomático de acción, no fue un gran novelista, un gran poeta, un gran dramaturgo, un gran aventurero. Pero mirado desde lo alto ¡qué riqueza de gérmenes bullían en aquel espíritu!

Tanto, que de él arranca lo de más fuste que ha habido en España después de su figura. Sólo Clarín, en algunos aspectos, puede ser colocado a su nivel. Pero Clarín no fue tan completo. En Clarín aparece siempre el profesor pedante y el periodista venenoso. Valera, sí, Valera fue toda una figura. Como novelista, es el antecedente inmediato de Baroja, no porque Baroja le haya imitado, sino porque esbozó Valera las preocupaciones de muchas novelas barojianas. «Las ilusiones del doctor Faustino» es el paso al «Árbol de la Ciencia». El tipo del indeciso, del degenerado, del autoanalítico, del hombre de voluntad rota, ese

tema tan delicado y estupendo de Baroja, allí está ya en Valera. En Valera está la preocupación por la mujer que tiene Baroja, por la mujer dignificada por la educación y la cultura. «Doña Luz» es un ansia por pintar un tipo así.

Valera es un novelista de problemas superfinos, que él mismo diría. A su lado, Galdós, Alarcón, Pereda, son unos pobres artesanos de brocha gorda. No podían. Les faltaba sangre *superfina.* «Pepita Jiménez» vale, sobre todo, por encima de su motivación política y de sus orígenes literarios, por la novedad enorme de introducir en la literatura española un poco de almas complicadas, analizadoras, dramas psicológicos en el recinto de un corazón, proustianismo de vanguardia. Acostumbrado el español a la pedagogía de dómine de Pereda y a la lata patriótica de Galdós, aquello tenía que resultar raro, impopular.

Mucho más impopulares resultaron sus versos y sus dramas fantásticos. En una época de torrencialismo lírico, de canciones medioevalizantes y poemas coruscantes, Valera se empeña en cantar a Venus, a Euforion, a Dafnis y Cloe, en versos pulidos de forma, o en prosa rica y tersa.

En época de dramones de Echegaray, en que todo es locura o santidad, Valera concibe un teatro bello e ideal, a lo Gozzi, y escribe sus poemas dramáticos en Bactra, en Capilavastu, sacando del Extremo Oriente imaginaciones encantadoras.

Como crítico de obras, Valera no lo es si entiende este apelativo así a secas. Valera fue un hombre que tuvo la gracia de discurrir sobre cuanto se le ofrecía a su lectura con una visión y una complicación de puntos de vista que nadie en su tiempo poseyó, procurando explicar las cosas y apuntando, siempre que podía, sus personales y respetables convicciones.

Valera fue desde este aspecto el predecesor mejor de Ortega y Gasset, así como en la novela lo fue de Baroja y aun de Azorín.

Del modo que al final de la línea de Costa está Unamuno, con sus aires iberos, de santones, de profetas en desierto, al fin de la línea de Valera está Ortega, con sus preocupaciones europeas, de cultura refinada, de modales, de organización y de categorías.

En Valera están contenidos, como en nadie más, los núcleos de la política americana e iberista. ¡Portugal, América! Los dos vocablos que le atormentan y le hacen escribir volúmenes y volúmenes.

En él están contenidas, asimismo, las preocupaciones del regionalismo, de las guerras coloniales, de los partidos políticos, del militarismo.

Ya es hora decirlo con toda seriedad. El mejor índice de ayer se llama don Juan Valera. Y es un índice que tiene longevidad, perennidad, todavía. Que vive.

POR MÍ, QUE PASE

Eugenio D'Ors, hace poco, ha pedido paso para don Juan Valera. Yo no sé si mi consentimiento tendrá alguna importancia, pero por mí, que pase.

Si con ello se enriquece la galería de Poussin, adelante. El recién llegado es superfino. Es un siglo dieciocho algo interpolado por vivir tantos años en medio de muchos acontecimientos absurdos.

Su madre, sus visitas a los salones, sus lecturas de griegos y latinos, su cultura de los modales, sus traducciones paganas, su gusto en el vestir, en el hablar, en el comer y en el besar, le hacen un puesto de terciopelo y oro en el mejor sillón de la Academia ideal que, según D'Ors, preside Poussin, a este Saint-Simón al revés, que es don Juan Valera, con su ideología burguesa de liberal y su temperamento de antiguo régimen. Caso exquisito, caso raro, caso curioso, la mejor flor, la única flor casi del siglo XVIII nuestro, que muere hace unos años, ese epicúreo peregrino que se hermana con Stendhal, con Anatole France y con Baroja, guiado desde lejos por Pirrón.

Por mí, que pase. Es más, yo si supiese hacer monumentos uno le haría, para clavarle en la tierra cordobesa, en el solar castizo de Séneca, Lucano y Góngora donde surgió este ave clásica; para clavarle allí para siempre como ejemplo. En mármol rico de Italia, en el mármol que él acarició con tanta delicia muchas veces, una cabeza serena, sonriente y pensativa, que ha recogido su mirada del camino del norte —el camino de Europa— para fijarla en el Occidente, en la dirección del mar, que comienza en Lisboa.

Una vaga peluca dieciochesca se adivinaría sobre esta testa sensual y fina. Ya no tendría la chaqueta de trencilla, con el cuello de puntas vueltas que le impuso su tiempo. El cuello, desnudo y terso.

Y de los ojos, de los que cayeron los lentecillos para siempre diez años antes de morir; de sus ojos de anciano ciego, se escaparían las miradas lejanas de las estatuas, explicándonos con este gesto misterioso lo que en vida nunca se atrevió a explicar del

todo por temor a la pedantería, a la oscuridad y al mal tono.

Y repitiendo, con entusiasmo ahora, el «por mí, que pase» al grupo, no ya de Poussin, sino de nuestras figuras más preclaras actuales, termina, hoy, en el mes de octubre de 1924, mi conmemoración de don Juan Valera.

[*Revista de Occidente,* VI, 1924, págs. 140-150.]